

## Familias y vida familiar.

Alvarez Norberto, Agustina Cepeda, Lilia Vazquez Lorda, Ines Perez, Cecilia Rustoyburu, Andrea Torricella, Guido Vespucci.

Cita:

Alvarez Norberto, Agustina Cepeda, Lilia Vazquez Lorda, Ines Perez, Cecilia Rustoyburu, Andrea Torricella, Guido Vespucci (2007). *Familias y vida familiar*. En *Mar del Plata de ayer*. Buenos Aires (Argentina): Editorial de Arte.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/cecilia.rustoyburu/47>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/p4zr/dkD>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.  
Para ver una copia de esta licencia, visite  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

*Acta Académica* es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

## a principios del siglo XX

Por Mariana Alvarado con  
Aguarín Cepeda, Andrea Tamiella, Cecilia Rosenghino, Juli Pérez, Guido  
Vegara y Lilia Vázquez Landa



En su casamiento, 1926.

De izquierda a derecha: Sr. Lauber de Gutiérrez Reyes, Sr. Celostina de Dariguatongue, Sr. Benancio Dariguatongue, Sr. María Elisa, Sr. Ernesto Miguel, Sr. Madre de Miguel, Sr. Casagré, Sr. María Emilia Dariguatongue.

En estos años el núcleo urbano de Mar del Plata presentaba los primeros indicios de su transformación de pequeño poblado a la ciudad que será más tarde, bien avanzado el siglo XX. En 1869 el primer Censo Nacional contabilizaba 4.189 moradores, que rozarán hacia fines de la década de 1940 los 124.000 habitantes. Hasta la primera Guerra Mundial, ese crecimiento fue más pronunciado por la llegada de inmigrantes provenientes de Europa: vascos, franceses, británicos, alemanes y austriacos primero, destronados más tarde por la mayoría de llegados de la Europa mediterránea. Muchas de las veces, Mar del Plata era una segunda opción dentro de un recorrido más amplio que incluía otras regiones americanas.

La "Biarritz Argentina" de fines de 1900 y la más tarde "ciudad del verano social", operaba como un polo de atracción de mano de obra: la efervescente construcción, servicios domésticos y turísticos y el comercio eran algunos de los ejes de demanda. Tampoco debemos dejar de lado el encantamiento que significó la industria pesquera en tierra. Ya en 1940 se había sumado al panorama poblacional, migrantes provenientes de otras provincias.

El arribo de extranjeros tuvo un fuerte impacto en el perfil de la estructura demográfica de la población, generando un desequilibrio sexual y etario mucho más marcado en las últimas

Derecha: Fotografía familiar de Estudio

El ordenamiento de las personas (en el centro las mujeres, arriba de pie los jóvenes de la familia y, en una línea inferior, los niños) da cuenta de las jerarquías sexuales y etarias que existían en la sociedad de principios de siglo. Estudio L. Camaghi, Mar del Plata. Donada por la Srta. Auzá.

Página siguiente: Reunión familiar en Cabo Corrientes

Aquí la rigidez de las posturas cede en terreno con la presencia de algunos individuos recordando los hábitos de ocio y el vestido más libre. Es una foto que combina la cuidadosa preparación de las posturas y el momento con momentos de espontaneidad. Archivo Museo Histórico Municipal Roberto Y. Baril.



década del siglo XIX. Una particular composición poblacional tuvo su correlato en las formas de vida doméstica y familiar (desde la diversidad de situaciones en la región).

Las imágenes que han quedado (algunas que aquí presentamos) de este mundo privado tienen ciertas peculiaridades. Para los primeros tiempos de la ciudad y del invento daguerriano, la práctica fotográfica era una actividad reservada sólo a determinados sectores sociales por su carácter oneroso. Cuando otros sectores recurrían a profesionales para registrar su imagen en una fotografía, las convenciones sociales eran las que primaban para narrar el mundo cotidiano: la elaboración de escenarios acordes en estudios o en sus hogares, los extensos tiempos de pose y las apariencias correctas y deseables. Son muy pocos los casos en los cuales resplandece la espontaneidad que hoy podemos encontrar en los retratos familiares.

Sin embargo, estas imágenes permiten recuperar aquellos elementos del imaginario social, las representaciones sobre las formas de ser una familia. La fotografía es una imagen de sí para los otros, una imagen privada para ser expuesta tanto como un objeto de lujo y estatus que como una confirmación de la propia identidad familiar. Y, quizás sí, en este mundo de las representaciones, las imágenes parecieran más homogéneas. Sin embargo, se observan diferencias, en los rostros con la piel curtida por el trabajo, las miradas y las expresiones diferentes, la rigidez de la pose. La diversidad florece y se percibe.

Se trata así de la vida familiar, concebida desde la coexistencia y superposición de diversas maneras de organizar la domesticidad. Pensar en un único modelo de familia constituye un singular barro engañoso. Echemos pues un vistazo a algunas situaciones, pero sin perder de plano la mirada abarcadora que haga converger las diferentes realidades.

En primera instancia, observemos a las familias de clase alta, esa burguesía agraria proveniente de la Capital Federal, que hizo de Mar del Plata el destino soñado para sus vacaciones.



*Fotografía familiar de Estudio  
(San Martín 146, Mar del Plata).*

Corresponde a las segundas esposas de Frontini y Beltrami: Julia Frontini, Marina B. de Frontini, Angel Frontini, Julia U. Frontini, Analia E. de Berroa. Es de destacar, que los lugares que ocupan los muchachos y la jovencita -sentados, en el centro de la imagen- no son muy comunes en las fotografías de la época. Un indicio de las reinterpretaciones que las familias hacían del "deber ser".  
Archivo M. H. M. B. T. B.

*Zapatitos de fiesta, circa 1915.*



Las relaciones sociales que se entretrejan en el balneario se encarnaban en un complejo juego de ostentaciones y de figuración social que se manifestaban en los paseos por la Rambla. Los niños posan con sus mejores galas, las jovencitas pasean en grupos bajo el reparo de sus sombrillas; son las mujeres casadas las que aparecen tomadas del brazo de sus maridos. En este contexto, la fotografía aparece como la confirmación de la decencia y la opulencia, ese querer mostrar que efectivamente se es "como se debe". Y si bien para esa época la condición de gente "decente" estaba asociada a una fuerte connotación de permanencia e inmutabilidad, vinculada al prestigio de los antecedentes familiares (uno nació o no nació decente), el proceso de crecimiento que experimentaba la ciudad por aquel entonces promovía el ascenso de los grupos menos favorecidos, de los cuales era necesario diferenciarse por cualquier medio.

Y ello era así porque la distancia que separaba a los grupos obedecía a un patrón de diferenciación social que no se basaba exclusivamente en el nivel de ingresos como parámetro distintivo, sino que cuestiones tales como la educación, los hábitos de con-

*Derecha: Fotografía familiar de Estadio, San Martín 146. Don Pedro Lalame, Luisa Lalame de Donato, Luis Bianchi (parado) y su esposa Mariana Lalame, Margarita Lalame y Antonio Donato (parado). Seis niños.*

*Figuras negras: Fotografía familiar de Estadio, Estadio U. Carrasco. Don José Galbarrón, a fines del siglo XIX en Mar del Plata. Con su esposa Doña Carmen Villar y sus hijos Ángela C., Celia C. y el Duqueso, Alfredo. Parado: Laura C. de Carrasco, Juana, Carlos y Estadio U. Carrasco.*

sumo, la ocupación y, por ende, los medios por los que la familia había obtenido su fortuna resultaban insoslayables como criterios identitarios.

En el otro extremo, las familias trabajadoras, compuestas en su mayoría de inmigrantes de origen europeo. Los mismos se trasladan a la villa turística debido al horizonte laboral ofrecido por los requerimientos de las familias de élite, cuyos miembros encuentran impróprio someterse al trabajo manual si no quieren ver menguada su condición social.

La formación de familias de inmigrantes también respondía a opciones diversas: en un primer período, migran hombres solos en busca de una promesa de fortuna amparada en el trabajo esforzado, en las redes y la construcción. Una vez instalados, algunos de estos hombres darán aviso a su mujer e hijos para que se trasladen al "Nuevo Mundo"; otros olvidarán sus antiguas familias para constituir nuevas. En otros casos, sus esposas o prometidas no estarán de acuerdo con migrar; otros combinarán a sus parientes de Europa con vínculos locales. Debido al diferencial entre los sexos, habrá muchos varones extranjeros solteros, no así mujeres, quienes serán requeridas desde muy temprana edad para trabajar, formar una familia y cuidar de ella.

También los trabajadores disfrutaban del tiempo del mar, aunque ocupando espacios diferenciados de aquellos frecuentados por las familias de élite, ansiosas por no mezclarse con aquellos sectores sociales cuya moral despertaba sospechas. Recelo que aumentaba cuando observaban a las familias más pobres, aquellas que ocupaban el último peldaño en la escala social. Niños que vagabundeaban por la ciudad y merodeaban los espacios reservados a la



gente decente; mujeres de dudoso honor, padres que salían a trabajar para lograr su sustento, aprovechando la dinámica económica en la que la villa balnearia estaba inmersa. Actitudes de desprecio y temor derivadas de la autopercepción, por parte de los sectores encumbrados, de la necesidad de representar los valores familiares dominantes y, por lo tanto, deseables.

Sin embargo, se desdibujan los límites netamente clasistas que nos permiten hablar de tal o cual modelo familiar para cada sector social, y encontramos así variables que cruzan transversalmente a estos grupos. Se trata, por ejemplo, de las cuestiones relativas al género, aquello que hace que una determinada sociedad en un determinado momento considere qué es propio y definitorio de la condición de hombre o mujer. De esta manera, durante este período encontramos un discurso de fuerte impronta maternalista, construido desde diversas esferas; el mismo, que apela a la identificación de la mujer con el rol materno, como su función natural, atraviesa a todas las clases sociales; la crianza de los hijos y el cuidado del hogar es "cosa de mujeres"; mientras, que el hombre, sin importar cuál sea su ocupación, será el encargado de proveer los recursos necesarios al sustento de ese hogar; la familia "bien constituida" será la base de la estabilidad social.

Pero esa imagen de una vida familiar que se pretende armónica, en tanto que reducto de la privacidad y refugio en un mundo despiadado, no deja de estar exenta de conflicto y diversidad, pues sus miembros son personas, únicas e impredecibles, cuyo comportamiento, voluntad y decisiones no se corresponden automáticamente con lo que la Iglesia, el Estado o la clase social a la que pertenecen les prescriben.



Fotografía familiar, 1925. En la casa de los fotografiados. A la izquierda de la niña está su madre y pasado detrás de esta última, su padre. Las restantes eran otras personas que habitaban una casa contigua. Práctica bastante común entre los inmigrantes los tiempos recientes a su arribo. Archivo EF



Fotografía familiar, circa de 1900. Tomada con una cámara pequeña. La postura de las tres mujeres se diferencia de la rigidez que se observaba en las sesiones. En el momento se hacían en interiores.